

FERRAN GARCIA SEVILLA

TAPIES AL JEU DE PAUME

Octubre 1994

SOY UN TONTO PORQUE CADA VEZ COMPRENDO MENOS.

Antoni Tàpies ha sido para mí como una especie de abuelo, de padre y de amigo de muchas cosas que yo, como adolescente, no conocía. Ha sido él posiblemente, junto a otros grandes artistas contemporáneos, quien me puso en contacto con un mundo que me atraía, el del arte. Quiero decir que cuando en el colegio fuimos a Madrid a ver el Prado, no sentí todas aquellas cosas como propias, lo mismo que ahora, me eran muy lejanas, no las entendía. Pero cuando vi las primeras exposiciones de Miró y Tàpies, ellos eran los grandes artistas más cercanos en mis ciudades de Palma y Barcelona, enseguida comprendí algo que si que me tocaba de cerca, era algo posible. Vi el arte como algo posible para mí. Y justamente esa posibilidad fue la que me inició en un largo camino de experimentación conmigo mismo. Seguramente, como dicen los científicos dedicados al comportamiento humano, los artistas pertenecemos a ese grupo conocido como los buscadores de sensaciones, con una curiosidad insaciable que cuanto más se practica más aumenta. Pero frente a ese rasgo puramente personal y biológico, nos encontramos a diario con caminos ya trazados por nuestros antecesores que de alguna de las formas entran en conflicto con nuestras motivaciones más primarias y primeras. Es la cultura heredada, las enseñanzas que se nos han impartido desde nuestra niñez y que nos sigue rodeando por el resto de nuestros días. Esa cultura y sistema de relaciones que nos encontramos cuando nacemos puede sernos útil muchas veces, pero otras no. Entonces tenemos que iniciar un camino de desaprendizaje de todo aquello que no nos sirve, o que nos causa dolor, nerviosismo, amenaza o confusión. Nos vemos inclinados a desprendernos de las percepciones heredadas y abocados a crear otras nuevas que se ajusten más a nosotros, a los que nos rodean y a las cosas que hay por todo. Este es un camino difícil y largo que no todo el mundo está dispuesto a realizar. La ignorancia de las cosas, como vulgarmente se dice, no es la felicidad. Todos los conocimientos, por profundos que sean, no nos sirven si no nos ayudan a desprendernos de los mecanismos que nos producen confusión y ansiedad. En este sentido, el trabajo de otros artistas, porque se supone que estamos hablando de arte y no de fontanería, sólo sirve como ejemplo personal e intransferible. Es preciso ir construyendo un camino propio, una forma propia, también personal e intransferible. Un modo propio y particular, pues no hablo de un sistema de estilo, sino de una forma propia de estar en el mundo. Saber estar en este mundo me parece mucho más fino que ser algo en este mundo. Y esa fuerza del estar, esa energía, es esencial y asocial, porque ninguno de nosotros nos parecemos, aunque nunca falte el intento de lo contrario. Ese impulso primitivo, primigenio, está a menudo en desacuerdo con los sistemas impuestos, heredados, llámense política, moral o arte. El miedo a enfrentarnos a un sistema superior y más fuerte, que nos puede destruir si le plantamos cara, es una de las principales causas del malestar, de la ansiedad, de la confusión. Y la travesía de ese dolor, a mi entender, no puede venir de la cultura, y menos de la industria de la cultura tal y como hoy está montada, sino de nuestro propio estado de estar en el mundo. Esa travesía pasa principalmente por nuestros sentidos, e incluyo el pensamiento dentro del mundo de los sentidos, como uno más. En ese conflicto entre nuestra percepción de la

realidad y la idea impuesta de esa realidad es donde nacen la multiplicidad de caminos. Y fue en ese punto donde los artistas como Tàpies iniciaron su andadura, los que le antecedieron y los que vendrán después. Muchas veces hablamos del romanticismo como la ideología más fuerte que hemos heredado en nuestros días, nos identifiquemos o no con su programa. Aún estamos muy cerca del romanticismo para hacerle críticas en profundidad y, sobre todo, para que deje de perseguirnos. Todos sabemos que el romántico es un estado de espíritu muy peculiar, inquieto, ansioso, nostálgico, destructivo, siempre manifestándose desde un yo muy hinchado, a punto de explotar. Porque el romántico ya no se identifica con su medio ambiente. Ya no soporta el mundo cartesiano, ni ilustrado, ni clasificado, ni cerrado, y se revela compulsivo buscando salidas por extremas y autodestructivas que sean. Quiere llegar a abarcarlo todo, el pasado, el presente y el futuro. No se considera ya un hombre, eso es ya muy poco, sino un dios o un demonio, según estén sus neuronas ese día. Su comportamiento heroico, persiguiendo la liberación, le lleva de lo más bajo a lo más alto, de lo apolíneo a lo dionisiaco, de lo sagrado a lo insultante, en un vaivén maníacodepresivo, y a menudo suicida. Busca el paraíso porque la vida se ha convertido en un infierno para él, y con su sacrificio se considera no ya un simple mortal, sino el redentor de los ignorantes, y se embarca en un comportamiento y un arte misioneros y ejemplares. El arte para el romántico es el salvavidas de su propio naufragio, el catecismo para un mundo mejor, con sus mandamientos y todo. Y esta es una concepción nueva del mundo moderno desde la revolución industrial, desde el pensamiento ilustrado. Nace el arte como religión, como refugio, como iglesia, como purificación, como catarsis, como secreto, como espiritualización. Renace de nuevo el brujo, el chaman. Se cuece una nueva utopía: el artista como médium del cielo. No es nada nuevo decir que Tàpies inició sus primeros pasos en esa órbita. Pero una de las cosas que más me han inquietado es ver, en esa ideología occidental, su fuerte componente de huida y pretensión de totalidad de todo el campo geográfico, intelectual y sensorial. Su pretensión de totalidad, su deseo de unidad universal, su grito desesperado al cielo reclamando justicia. Basta pensar en Wagner, Goethe, Novalis, C.D. Friedrich, Lord Byron y la liberación de Grecia, Hölderlin y las ruinas, o lo clásico como mito de perfección, Winckelman, la arqueología, los museos. Y posteriormente la huida continua, Delacroix, Courbet, el arabismo, lo español, la fantasía reprimida, el historicismo caprichoso o lo onírico como delirio, etc. Y el impresionismo, con su fuga masiva al sol provenzal. Otros casos de nuevas huidas, el alcohol de pintores y poetas, músicos y escritores. Y si no pasajes a tierras muy lejanas para entonces, Tahití por ejemplo. O al manicomio, sin ir más lejos. Picasso se debía tener por un vampiro cuando le chupaba el alma a las estatuillas africanas, se debía sentir cansado de tanto encierro. Klee, por citar otro caso paradigmático, experimenta en Kairouan, en Túnez, una nueva y transformadora experiencia. Y con los orientalismos de importación más reciente debe pasar algo parecido. Otra vez el viejo conflicto de lo heredado y nuestras percepciones día a día. Nuevas fes en la liberación. Siempre la misma esperanza de ser otro, la ilusión de pensar que podemos apartar de nosotros todo aquello que nos molesta, más que simplemente utilizarlo como base, como experiencia primera. Todo sirve como instrumento porque no estamos conformes con lo que nos rodea, nueva fe en el comunismo, nueva fe en el inconsciente, nueva fe en el budismo, nueva fe en el nomadismo, en lo transcultural como se dice ahora. Tanto Europa como los USA viven durante esta época traumática de guerras, entreguerras y postguerras nuevos intentos ideológicos, algunos de ellos desesperados, para que las cosas no vuelvan a

repetirse. Intento ser lo más frío que puedo a la hora de hablar de Tàpies, porque intento situarlo, y situándolo tengo la intención de permitirme conocerme un poco mejor. ¿Es el informalismo y su creencia en el inconsciente una nueva forma de huida, una nueva forma de disimular la angustia de saber que no tenemos alma? Buscamos y buscamos dentro de nosotros y, para nuestra sorpresa, descubrimos que no hay nada, y desesperados inventamos múltiples máscaras y estrategias para que los otros no lo noten. Porque ellos sí que creen tener alma, y ellos son los más numerosos, los que controlan. Y aprendemos poco a poco a disimular, a disimularnos. Nos miramos a los ojos pensando que nos entendemos y en realidad no vemos más que el maquillaje o las ojeras. A menudo hablamos del ojo de dios, de los privilegiados que tienen su número de teléfono y nos provocan envidia, hasta que te das cuenta que lo único que intentan es confundirte porque ellos mismos están confusos. Y sentencian, pontifican y separan los buenos de los malos. Y quieren que creas que el infierno existe en la tierra para atemorizarte. Pero bajo sus ropas, desnudos, no saben que hacer. Con tantos ropajes han ido perdiendo su cuerpo y también su sonido. No estoy aludiendo a Tàpies, que nadie se confunda. Simplemente estoy reflexionando en torno a todo aquello que me provoca la visión de su arte, de su gran arte. Tal vez estoy hablando desde otra generación, será eso simplemente. Porque mis primeros pasos no fueron provocados por las mismas circunstancias. Crecí, cuando ya me daba cuenta de algunas cosas, en los últimos años del franquismo, y, por suerte, no era ya la etapa traumática que ha explicado Semprún, ni la de la juventud de Tàpies, y no por ello me siento culpable, todo lo contrario. Era algo más festivo, si se puede llamar así. Las asambleas en la universidad, las manifestaciones, las correrías por la ciudad con algún que otro percance, las citas clandestinas de estudio, para preparar carteles u ocupaciones, y a veces como simple pretexto para el amor, el sexo, las primeras drogas o, paralelamente, para la amistad, solidaridad y compañía, etc. Todas estas cosas eran vividas con menos traumatismo del que he ido viendo en mis mayores, al menos en los sectores en que yo me movía. Eran un poco como ir a la discoteca, y lo digo aún a riesgo de ser malinterpretado. Con todo esto sólo quiero dar a entender que la realidad había cambiado, por suerte para nosotros, y que por lo tanto la percepción de la realidad y sus expectativas también eran distintas. Desde este punto de vista, y a pesar de que habíamos mamado mucho marxismo, mucho psicoanálisis, mucho estructuralismo, mucho Nietzsche, mucho neopositivismo, mucha antropología, mucho situacionismo, muchos Rolling Stones, mucho de todo, etc., nuestra percepción del arte tenía que ser forzosamente diferente del pensamiento catastrofista de postguerra. Poco a poco empezaron a caerse ciertos mitos: el sujeto, la utopía, la liberación, el mercado, el museo, la supuesta necesidad interior, lo sublime, los genios, los profetas, los destinos, el yo absoluto, el racionalismo como redención, etc. Todavía hoy en España circulan monedas de Franco. Nunca las acepto cuando me devuelven los cambios, o las tiro. ¡¡Cuesta caro, como bien pueden imaginar!. Tàpies ha sido y es uno de mis primeros puntos de contacto con todo esto y, sobre todo, con otras muchas propuestas mejores, o al menos que a mí me servían más. Me gustaría decir que muchas cosas hoy, tanto en España como cualquier otro país, están desajustadas en la actualidad con todos esos antecedentes traumáticos. Por todo prácticamente es lo mismo. La herencia de la idea utópica de la unidad y la totalidad nos sigue poniendo nerviosos. La imposibilidad de un conocimiento total nos genera un miedo al fracaso. Miedo y ansiedad a la falta de aceptación por parte de los otros. Vivimos en un mundo de conocimientos parciales, fragmentados, sometidos a revisión continua, que sitúan al artista, al científico, a

cualquiera, ante una nueva dimensión de lo real, de su relación con el mundo, en el que no podemos sentarnos en ninguna certeza permanente. Contra la fe en la unidad, en la totalidad, me parece más práctico la renuncia y la utilización de parcialidades, intereses y circunstancias provechosas. No sé si desvarío al decir que "Tàpies" "cree" que la "realidad" "existe" como "algo objetivo" que se puede "conocer". No estoy del todo seguro que la figura del artista que basa toda su fuerza en el yo sea moneda corriente. Pero tampoco quiero decir que la alternativa a eso sea el vaivén del mercado y su ignorancia, o la frivolidad de muchas de las multinacionales de la cultura artística que hoy dominan el panorama, o tampoco que sea la mentalidad del star system que no nos preocupa demasiado a las personas que estamos aquí hoy reunidas, aunque sí puede que a algunas. Pero tampoco la cultura de la supervivencia existencial. Los artistas son más eficaces cuando experimentan la vivencia y no lo son cuando piensan en la supervivencia. Sobrevivir no es lo mismo que vivir. Sobrevivir indica ya estar preocupado por si mismo. Vivir es experimentar los momentos, los acontecimientos, las cosas. Tàpies, como todo gran artista, no es un simple sistema de pintar, de hacer, sino un amplio sistema de pensar, sentir, experimentar, un pensamiento basado en la acción, en el hacer y el deshacer, afirmando y negando al mismo tiempo, una práctica del arte, una forma única e irreproducible de estar en el mundo y su relación con él. Tàpies ha sido una de esas pocas personas que en nuestro entorno más próximo nos enseñaron lo que era un absorbente y progresivo camino personal que se recicla de continuo. Nos viene a decir que el incomprensible contenido de las cosas es la oscura forma. Por eso la forma de hacer siempre cambia, siempre late. Me enseñó a fijarme en algunos conceptos básicos que pongo en practica cada día. Y me los enseñó no con palabras, sino mostrándomelos en sus cuadros y esculturas de una forma directa, sin rodeos. Y es que vivimos una cultura de intermediarios, de gente que no soporta la experiencia directa de las cosas, ni de las experiencias artísticas, porque se sienten agredidos en sus ideas de confort, en su autoilusión, y prefieren la referencia cultural que les hace sentirse más seguros, repitiendo siempre lo mismo, haciendo refritos de refritos, cacareando pensamientos prefabricados. Hoy en día, cualquier aprendiz de crítico o gestor sentencia sobre lo divino y lo humano, porque sabe de antemano que la hoguera de la cultura necesita leña continua para seguir ardiendo, y que su aportación será un poquito de leña más que le hará sentirse importante, y que luego sólo será ceniza que recojan los basureros en su noble oficio. Por eso en Tàpies vemos fuego que aún no es ceniza. Aquí en este auditorio se ha hablado de sus muros de lamentación, de la mierda sagrada, de la sexualidad brutal y magnífica, la sangre, el cuerpo troceado, de sus transgresiones a su propia actitud conservacionista, de sus intentos de conservarse para el futuro conservando una inquieta actitud tan antigua como moderna, de la delicadeza de sus superficies blancas, grises o negras, de sus referencias culturales, simbólicas y estrictamente personales, de sus tiras y aflojas con las administraciones, y de todas esas cosas que ya se han oído. Pero hay veces que dudo para que nos sirva todo eso. A veces a mí me hace falta simplemente reír, divertirme en su sentido más común, partirme de risa, como vulgarmente se dice. Porque siguiendo la sugerencia que él mismo un día me hizo, quisiera que el arte me sirviera para estar mejor conmigo mismo y con lo que me rodea, tal vez otra autoilusión más. A veces noto en falta subir a la superficie y tomar el sol y el aire, porque siempre entre profundidades y abismos corro el peligro de ahogarme, y hablo sólo a título personal. Me gustaría que sintiéramos un poco que la superficie es también fantástica y que está llena de cosas impresionantes a condición de que no las convirtamos en profundas, a condición de que no las hundamos. Y esta

visión terapéutica del arte fue Tàpies, entre otros, quien me la enseñó. Es como una especie de píldora ansiolítica y excitante al mismo tiempo. Y es por eso que vamos a ponernos delante de sus cosas, a veces para meditar, a veces para desbordarnos, a veces para percibir, a veces para alimentarnos, a veces para ver a los amigos, a veces para simplemente reír y divertirnos. Pero este último caso no es muy frecuente en las exposiciones de Tàpies, tal vez porque se sienta bloqueado por la imagen seria y grave que él piensa que los otros tienen o han de tener, o porque tenga prevención a romperse el traje que con tanta paciencia, pasión y tenacidad ha ido cosiendo. Pero ese sería mi problema, no el suyo. Creo que la risa, y mejor la sonrisa, están muy cerca del vacío, si es que no lo son en su estado más puro, la expresión de la máxima compasión, porque te ayudan a que las cosas pasen sin que te se claven, sin que te produzcan hematomas. La risa te distancia. La risa te hace que te olvides de ti mismo. La risa te vacía. Está en el centro del vivir y lejos del sobrevivir. La risa nos acerca otra vez al juego, práctica que poco a poco se va perdiendo en los artistas mediocres. La risa es un eficaz antídoto contra la vanidad, y te mantiene los ojos bien abiertos. La risa nos demuestra nuestra reconciliación con el mundo. La risa deshinchas el yo. Nos relaja los músculos de la cara y del corazón. Y en mi opinión no basta aludir a la risa, sino que hay que practicarla de una forma simpática, suave, no agresiva, no como defensa, sino como abertura. No hablo de la risa como salida, sino todo lo contrario, como entrada. Señalar una dirección, no garantiza alcanzarla. Señalar una dirección, intentar ser demasiado explícito, al menos en el mundo del arte, puede hacernos sentir la autoilusión de que ya hemos llegado a lo que señalamos. En este sentido, representar es mucho menos interesante que presentar. Mostrar directamente como se está es mucho más revelador que representar, señalar, lo que a uno le gustaría ser, justamente porque aún no se ha alcanzado. Podemos señalar la luna, pero lo hacemos con los pies en tierra. O podemos señalar la tierra con los pies en la luna. Y podemos señalar la tierra con los pies en tierra, sonriendo. Pero eso implica nuestra renuncia más íntima, cuando el resto del mundo deja de ser un enemigo, implica nuestra rendición a seguir autoengañándonos. Nuestra sonrisa ante los demás, y nuestra risa frente al espejo. ¿Les gusta a ustedes reírse y reírse aunque sea de su propia nariz?. Creo que he llegado a la conclusión de que cada día soy más tonto, porque cada vez entiendo menos. Pero paradójicamente entiendo menos se percibe más, se experimentan más cosas desde otro registro. Por eso no entiendo muy bien el tono con que se ha hablado de algunas de las cosas que aquí se han dicho, cosas sobre la belleza, el espacio, el tiempo, el gesto, la muerte, etc. Me ha parecido oír un exceso de drama y no hay para tanto. Muchas veces todas esas palabras no son más que el resultado de un lenguaje florido y maquillado, profesionalizado, que, intentando acercarnos al contacto con el arte, nos aleja aún más y más. Construyen un muro que no permite la experiencia directa. Porque cuando vemos una obra de arte, nos atrapa o no nos atrapa. Las explicaciones culturales nos la pueden explicar, desmenuzar, pero no sentir. La clase universitaria, historicista o didáctica se la dejo a los profesionales del ramo. Yo he venido a hablar aquí de artista a artista, sin orden ni concierto, como lo haría un poeta, un loco, un borracho, un amateur o un enamorado, desde donde siempre provienen percepciones directas, atrevidas. No intento quedar bien delante de ustedes, pero tampoco ser ofensivo hacia nadie ni hacia nada. No me gustaría pasar por frívolo, pero ya estoy harto de que me citen a Mallarmé o Lao Tsé para poder hinchar las ruedas del coche. Más que citar hay que mostrar, demostrar haber digerido. Una de las cosas que más me gustan de Tàpies es que no hace demasiada insistencia en la historia del arte para justificarse, porque no lo

necesita, porque el no es historia muerta, sino arte vivo. Carece de un discurso historicista, al menos esa no es su verdadera base, discurso crónico que tanto abunda entre los intermediarios, para poner el acento sobre otro tipo de fuentes: los acontecimientos y las experiencias, físicas o metafísicas, que acompañan al hombre desde que camina sobre dos patas sobre este planeta. Reorganiza lo visible de una manera que antes no habíamos visto. Revive y vive viejas y nuevas experiencias a partir de su propio cuerpo, no a través del de otro. Y cuando más grande es, es cuando camina a cuatro patas. Él, en tanto que artista, ayuda a que el mundo sea menos reducido, aunque no menos extraño. En realidad no sabemos lo que es el arte, y nunca lo sabremos, pero parece comportarse como una progresiva ceguera sobre una miopía ya existente. El arte, contrariamente a lo que se dice, ciega más que abrir los ojos. Y eso es lo que más me gusta de Tàpies, su vía directa. La forma que tiene, en sus mejores momentos, de cortar por lo sano, de atajar, desprenderse, dejarse ir, sin mirar consecuencias. A mí cuando más me gusta, como bien ha dicho Dupin, es cuando se olvida de sí mismo, cuando se hace desaparecer. Tàpies ha aprendido que contemplar las cosas directamente es algo muy simple, pero que no te lo regalan. Porque ver las cosas, o creer verlas, no incluye compararlas con nada, con ninguna otra. Ellas son en su singularidad, sin visión dualista, sin comparación, sin mediación de la cultura, ni de la estética, sin intervención de los sentidos codificados, ni del pensamiento, ni de nuestro yo. Es disolverse en ellas. Pero no sabemos si esto es un autoengaño más, otra pantalla, otra ilusión. No sabemos a ciencia cierta si en el mundo del arte podemos hablar de realidad en su sentido más objetivo, pero lo que sí sabemos es que podemos hablar de pequeñas realidades subjetivas. Esto Tàpies lo ha aprendido y nos lo muestra sin más. La auténtica espontaneidad es su camino, espontaneidad que siempre vence porque nos obliga a reaccionar sobre los hechos, ya cambiantes de por sí. Y ya hemos comprobado, sabemos, que el azar de la improvisación sólo favorece a quienes están preparados. Antes de lanzarse al océano de una forma suicida hay que haber aprendido a mantenerse a flote, eso al menos. ¿Se acuerdan ustedes del ejemplo de la cebolla como metáfora del yo?. Hay una tendencia en el mundo de la cultura, entre algunos intelectuales, de ansiosa búsqueda de la esencia de las cosas, de los acontecimientos y de las personas, como si fueran cebollas. Les van arrancando capas y capas a la cebolla, con los ojos irritados y llorosos, persiguiendo el fantasma de su tesoro oculto, van a la caza de su máxima profundidad, de su realidad interna, de su esencia. Y yo no lo entiendo. Ya he dicho que cada día soy más tonto. Y esa gente, al final, cuando han destrozado la cebolla no encuentran en su interior más que más cebolla. Yo les propondría que aprendieran a pelarla bien, cortarla según el tamaño de su boca y el estado de sus dientes, ponerle un poco de aceite, vinagre y sal, a gusto, y se la comieran poco a poco, sola, para apreciar su sabor. Y sobre todo que no se olviden de que la cebolla se repite mucho, como el yo. Para acabar, debo confesar que durante los últimos 30 días he estado obsesionado con este encuentro. 30 días con sus soles y sus lunas. He escrito muchas páginas que mi hija ha ido cubriendo de dibujos. No sé si ese hecho me hizo cambiar de óptica. 30 días leyendo y releendo textos de Tàpies, sobre Tàpies, desde Tàpies, para Tàpies, contra Tàpies y, sobre todo, revisando imágenes de Tàpies, sus cosas. 30 días obsesionado, como si me tuviera que enfrentar a mí mismo, sin saber muy bien porqué, ni por donde agarrarlo y, menos, por donde esconderme o soltarlo. Tenía miedo que si cogía algo lo perdería para siempre, y si no me enfrentaba perdería la poca confianza que tengo en mí mismo. Así es que he optado por la solución que más me aterrizzaba, la más directa, la de hablarle directamente a un

hombre que, como otros y como un servidor, intenta alcanzar día a día satisfacciones raras, experiencias únicas, talismanes, pericias, centros de energía, deslumbramientos. Constructor de órbitas terrestres y extraterrestres. Y esos mundos son variados, discutidos, utilizados según conveniencia, con discreción u osadía, en manifestaciones internas y externas, territorios raros en definitiva. Y un poco el arte para mí, y supongo que también para Tàpies, es un poco eso, una aventura, una píldora, una cebolla y una mierda, ya que comemos de todo en esta vida, cosas que tomamos para mantener la energía y poder continuar. Y es por eso que Tàpies es un marciano, un habitante de otra galaxia, que nos tira desde su nube un enorme láser de energía. No sé. Esto era más o menos lo que les quería decir.

Ferran Garcia Sevilla
Barcelona, octubre 1994

Conferencia publicada en “Tàpies. Conférences & colloques” por la Galérie Nationale du Jeu de Paume, París, en marzo de 1995.